

“La diversidad de nuestra gente y la convivencia multicultural” ®, ©

Documento de base para encuentro y construcción de vínculos con Noam Chomsky y la Red Ciudadana Chile País Multicultural.

Introducción

Somos un pueblo que creció en el sur del sur del mundo, un pueblo que fundó sus ciudades a sangre y fuego y que se extendió ocupando la violencia de las armas y de las leyes inventadas para usurpar. Habitantes de una tierra a la cual los que llegaron nunca dejaron de soñar con el día que volverían a sus lugares de origen, dejando anclado en el lenguaje cotidiano la palabra explotación para referirse a toda acción destinada a intervenir la naturaleza. Un territorio semejante a una isla aferrada al fin del continente, cercada por montañas inalcanzables, enmarcada en dos fronteras de mares infinitos y un desierto colgado de las alturas de soles y hielos implacables.

Un pueblo hecho de nosotros y ellos, una país cuya base familiar se fundó sobre un encuentro turbio, ordenado por un barniz de legalidad del invasor y de la iglesia que llegó con ellos, aplicando una bula papal que permitía la bigamia de los soldados, autorizando el matrimonio con las indias como un acto de poblamiento en las zonas conquistadas, marcando nuestra identidad familiar desde el principio con un tono ambiguo y de una interminable búsqueda de la formalidad de los lazos que le dan la identidad de tal. Los padres de ese entonces un día cualquiera se fueron para siempre y los que se quedaron estuvieron siempre esperando volver donde estaba su “verdadera vida”, de este modo las madres y las abuelas se quedaron solas, en el silencio del abandono, invisibles frente a una sociedad ante la cual fueron el símbolo de los vencidos, pues en el poder continuaron los de “pura sangre” y los nacidos de estas

familias, que participaron con ellos en la construcción del Estado, si bien soñaron con liberarse de la corona española y después hacer real la república, no dejaron de ocultar su identidad mestiza, ni reconocieron el valor de sus orígenes maternos vinculados a nuestros pueblos originarios.

A través del resultado de leyes que le dieron a todos los nacidos al interior de nuestras fronteras y de acciones consecuentes vinculadas a corrientes migratorias europeas, llegamos a construir una idea plana y poco definida de nuestra identidad nacional, asumiéndonos todos como chilenos, como si esta abstracción bastara para que cada quien encontrara en ella un techo que permitiera a toda nuestra diversidad de orígenes, etnias y condiciones locales y culturales existir y desarrollarse.

Las condiciones sociopolíticas de nuestra historia fueron desarrollando una sociedad estratificada, basada en relaciones de dominación y conflicto, en la cual la violencia de la lógica de “vencedores” y “derrotados” fue estableciendo escenarios de relaciones interculturales cuya característica, lejos de lograr conformar diálogos productivos, se fueron convirtiendo en escenarios de choques culturales, en los cuales esta identidad nacional demostró ser capaz de contener tan sólo a un sector de la realidad, en tanto techo y posibilidades de desarrollo humano.

El mundo de la pobreza rural y urbana; el mundo indígena en sus distintas identidades y el de los grupos migrantes, conforman un amplio entorno humano que vive bajo las condiciones generales de una sociedad de clases, con características propias del neoliberalismo de esta parte del continente, en la cual las relaciones multiculturales se asumen bajo la agresividad que propone una sociedad cuyos niveles de exclusión afecta con una violencia semejante a las poblaciones mixtas como a los pueblos originarios, aplicando cualitativamente, con distinciones propias de cada sector de la sociedad, las consecuencias de un sistema que se sustenta en la inequidad y la amenaza, la negación y la soledad de su gente.

La participación efectiva, la sustentabilidad de las organizaciones, la acción conjunta, la reflexión activa constituyen hoy escenarios de desarrollo urgente para enfrentar un sistema que se avanza a través

de medios masivos en la instalación de sus valores, dificultando el logro de condiciones que aporten a encontrar espacios de encuentro y unión, en un país que fue violado en su infancia por su propio ejercito, que aún no logra salir del estupor de ese abuso, que aún no ha terminado de llorar a sus desaparecidos y que ha tenido que asumir con dolor el paso obligado del olvido sin haber conseguido los espacios de justicia.

La tarea de hacer posible un encuentro intercultural, un diálogo multicultural cuya calidad sea consecuente con la dignidad y valor de sus interlocutores, es una tarea pendiente y que requiere intentar concebirla desde una perspectiva distinta, que nos permita poder imaginar un diálogo abierto y creativo que nos ayude construir una mejor vida para todos.

El fundamento de la vida es la diversidad de todas las vidas que la hacen posible.

La mirada generosa y sabia de los pueblos de origen nos advirtió desde hace mucho lo mismo que hoy nos enseñan los árboles que habitan en los bosques plantados por la vida.

Es sobre la base de la diversidad de los habitantes de la selva que ahí nace y renace la vida de todos los quienes forman parte de ella. En la selva nadie está demás, cada es necesario para el todo que comparten, en el estricto equilibrio del tiempo y del espacio que propone la vida. Los árboles gigantes que compiten con todas sus fuerzas por alcanzar la luz, lo hacen permitiendo el paso de la luz que necesita la vida de las más pequeñas plantas y enredaderas que habitan en torno a sus raíces en la base del bosque. Quizás lo hacen porque de esa manera se protegen de los vendavales, pero puede ser también que lo hacen porque de alguna manera saben que cada vida es la vida, que cada cual, desde su particular identidad tiene el derecho de ser, crecer y llegar a dejar su huella para no morir en el olvido.

La otra metáfora de la vida

Pareciera ser que desde siempre los habitantes de la nación vegetal supieran que para que exista la vida de cada cual es necesaria la vida de todos. La mirada del mundo natural visto principalmente desde la solidaridad como base de su existencia, sobre la cual se desarrollan las relaciones de competencia, en tanto un componente más de su existencia, nos aporta una metáfora de interpretación más amplia y pertinente a la convivencia, proporcionándonos una perspectiva igualmente real para entender la vida natural y su nexos con nosotros. Esta mirada nos ofrece la oportunidad de imaginar la convivencia de múltiples identidades de un modo diferente a lo que nos propone una perspectiva basada en la multiplicación de acciones de dominación, vale decir, la aplicación sin fronteras de la *ley del más fuerte* y sus consecuencias.

Donde está el agua está la vida, donde esta la vida esta ese nosotros que en su diversidad nos une.

El agua que funda la vida, en la que navega el tiempo y el cambio con que ella se manifiesta y la diversidad que crea a su paso es nuestra principal herencia; la mirada mía y del otro, el don de ser cada cual, cada quien un evento único y universal, la maravilla incomprensible de ser únicos y a la vez iguales, el origen y destino de aquello imperceptible que le da sentido a los diseños de las alas de las mariposas, la mirada del jaguar agazapado, el reflejo del cielo sobre el paso del río y también a la sonrisa de los niños.

El Fundamento de la vida es la diversidad de las vidas que le permiten habitar el tiempo y el espacio.

Nuestra historia está marcada por heridas aún abiertas como consecuencia de experiencias destinadas a uniformar étnica, cultural, política y socialmente la vida de las personas.

Todos estos intentos han tenido y tienen un factor que se repite, pues todas han fundado sus intentos en un primer acto de violencia, cual es el haber construido “verdades”, “certezas” que les han permitido sentirse dueños de una versión única de la realidad y a la vez imaginar ser pueblos elegidos y, en nombre de esta aseveración fatal se han desatado los más brutales actos de violencia.

Como una huella ineludible de cada uno de estos intentos son los cientos y miles de caídos, los mutilados y los desaparecidos, dejándonos a los sobrevivientes amarrados por generaciones a la ambivalencia de intentar olvidar, con el afán de escapar a cualquier parte de las sombras de la muerte y a la vez vivir condenados por generaciones a realizar lo que podamos por reparar, intentando darle el mejor de los sentidos al diálogo del perdón y la justicia, haciendo lo que esté a nuestro alcance por sacar algunas lecciones, para intentar hacer lo imposible para no volver ser víctimas o partícipes de semejantes atrocidades.

No hace falta mencionar pueblos, países o religiones, o épocas de una historia que fatalmente se repite, tan sólo baste decir que aún hoy son demasiados los pueblos originarios cuyo principal objetivo de lucha es lograr hacer real el elemental derecho a seguir existiendo. Son ya demasiados los idiomas que se quedaron en silencio para siempre, son muchos los momentos en los cuales la gente de la tierra ha vivido el destierro, en nuestro planeta se cuentan por miles y millones las víctimas de la agresión de la pobreza quienes se han visto obligados a echarse andar, dejando atrás los lugares que los vieron nacer, en busca de un destino diferente al de la miseria. Ellos son nuestra gente, esa gente de miradas infinitas que se fueron de sus barrios y comarcas en busca de la vida que ahí se les negaba.

Como un antecedente que grafica la magnitud del desafío que tenemos que asumir, baste señalar que en las fronteras de nuestro continente muere **un emigrante cada 3 minutos**, cuyos rostros son los nuestros; afro descendientes, los de las mil mezclas de nuestro continentes, los de los pueblos indígenas; cuyo único delito ha sido el haber creído que la vida que se les negaba producto de la pobreza podía estar en otra parte.

Hemos vivido creyendo que nuestra la forma de conocer es asumir que cada concepto se define por su opuesto.

Para conocer nos hemos aferrado a definiciones, vale decir a juicios sobre la realidad que intentan ser válidos en todo lugar y en todo

momento, que suponemos “verdades”, para sostenernos en algo en que creer incondicionalmente, frente a una realidad que se manifiesta en su permanente transformación.

Para saber quienes somos nos hemos visto obligados a definir nuestra identidad por el único camino que aprendimos: a reconocernos como lo “opuesto” a otros y por esta misma vía construimos el “nosotros”.

Podemos imaginar nuevas formas de vernos y ver la realidad

Somos herederos de la luz y de la sombra; somos personas que caminamos por el mundo entre sonrisas y llantos, pero de ninguna manera alguien podrá decir que la sonrisa y el llanto son eventos irreconciliables y propios de personas distintas, porque van con nosotros, de la misma manera que la infancia y la vida adulta conforman la vida de las personas como una unidad inseparable y en desarrollo.

Hemos vivido creyendo que la forma de conocer es asumiendo que cada concepto se define por su oposición.

Desde muy pequeños aprendimos a reconocer la figura del círculo como contraposición de la figura del cuadrado: la definición absoluta de cuadrado contra la definición absoluta de un círculo sustentada en identidades construidas básicamente en sus diferencias y así seguimos formando nuestro inventario de conceptos, reconociendo cada concepto en su contrario. De esta misma manera aprendimos a ver e imaginamos los entornos humanos y sus protagonistas, de este modo llegamos a concebir al “blanco” como una algo opuesto del “negro”, lo indígena como lo opuesto al lo europeo, las mujeres desde una diferencia global distinta y contrapuestas al concepto de hombre, construyendo, según las consecuencias de esta manera de ver la vida, una realidad humana basada en la presencia de identidades contrapuestas, definidas por su oposición y en su esencia irreconciliables, un escenario propicio para las interminables formas de conflictos y situaciones en que se puede manifestar la violencia del encuentro de identidades nacidas como la negación de la otra.

Bajo estas condiciones vinculadas a la génesis de las identidades de los participantes de cualquier diálogo entre identidades diversas las posibilidades que ellas tengan algún componente de agresión, sea negación u otro intento de dominación, es esperable, “normal” , quedando los encuentros y diálogos entre interlocutores válidos, cuya calidad corresponde a la construcción de actos de mutua dignidad, como eventos trasgresores o alternativos a lo que las condiciones generales proponen para estos encuentros.

La oposición de conceptos como vía esencial de acceso conceptual a la realidad y la dominación de las definiciones como pilares de los aprendizajes que la cultura imperante propone, nos llevaron a aprender y a terminar creyendo que un caballo blanco a media noche seguía siendo invariablemente blanco, sin poder ver o imaginar que aquel animal a media noche luciría en su lomo los colores con los que las sombras de la noche lo cobije.

Necesitamos permitirnos otra forma de ver e imaginar, de sentir y reflexionar porque tenemos una pregunta pendiente que espera urgentemente una respuesta que se vincule con un presente en paz y la esperanza de un mañana fecundado por la vida y ella es:

¿Cómo se ve un ser humano? –

“El otro como legítimo otro”... En la construcción de un nosotros más amplio y generoso.

Buscar la respuesta en una definición es irremediamente volver a cometer un error que demasiados pueblos han pagado con su extinción y otros tantos sobreviven a la violencia cotidiana producto de quienes han definido la condición humana como un atributo propio de quines ostentan el poder.

El intentar resolver esta interrogante sin cuestionar la lógica del modo de conocer y reconocernos en nuestro encuentro con la vida asumiendo el peso de la cultura a la que pertenecemos, nos ha llevado a hacer real la paradoja de haber creado escenarios sociales y culturales que si bien invocan la necesidad de una amplia tolerancia y valoración de la diversidad, convocan sólo a quienes

poseen características que les permite a sus integrantes sentirse iguales unos a otros, color de piel, idioma, costumbre, miradas sobre la vida y la muerte, desde donde, sin aceptar la inclusión de los distintos al “nosotros” que se ha creado, claman en derecho a la diversidad y al respecto y valoración de los distintos.

El dilema ético: Conocer para controlar y dominar o conocer para convivir y amar.

Nuestra opción ética no basta, debemos a la vez intentar ver la realidad desde otra mirada que la que nos propone tradicionalmente nuestra cultura en la búsqueda infinita de las definiciones nacidas y sus juegos de contrarios.

Si retomamos el ejemplo del modo como reconocemos tradicionalmente el concepto el círculo y el cuadrado. En el acto de definirlos la definición los dejó fijos en el tiempo, detenidos como tales en su diferencia y en todo lugar habitando una abstracción donde el cambio pareciera no existir.

Permitamos que el círculo y el cuadrado se integren a las dos variables que nos delatan la realidad que reconocemos como sustentos de la vida, el tiempo y el espacio, entonces se ambas figuras tendrán la oportunidad de moverse.

Si estas figuras las superponemos veremos que estos conceptos, como todos los eventos vinculados a la vida, se contienen y sus áreas mayoritarias son comunes y pertinentes a la contención mutua, semejantes, en lo posible de su igualdad y en el diálogo de sus diferencias, las que constituyen a la vez en el sustento de sus particularidades, como un aspecto específico de una identidad mayor y compartida.

Tenemos urgencia de responder quienes somos, necesitamos imaginar qué hacer para hacer posible el presente y abrir la esperanza del futuro, necesitamos ser capaces de aportar a la construcción de un futuro de los pueblos originarios desde identidades más amplias que la nostalgia de su pasado, es urgente que logremos vencer las tres armas con que el sistema de consumo

nos atrapa; la soledad, la tristeza y la desconfianza que nos aísla para convertirnos en consumidores funcionales, tenemos urgencia de ser capaces de hacer real un diálogo al cual nos integremos desde su inicio como interlocutores legítimamente diversos y válidos, desde el cual aportar creativamente a la construcción de una realidad digna del milagro de la vida.

Desde el nacimiento de la tierra no se ha perdido ni se ha creado ni una sola gota de agua. Al momento de recibir este dato, esta información no pude resistir imaginar que en el agua que bebemos quizás la habitaba el brillo humilde de un pequeño charco de Estambul o el suspiro de una neblina del sur del Perú. Simultáneamente recordé a mi profesor de biología del Liceo de Hombres de Temuco, quien nos repetía con la esperanza que lográramos comprender la magnitud de su discurso... “Al nacer somos 80% de agua y, después, cuando adultos somos el 65% de agua”. Entonces ¿De qué diferencia entre los pueblos nacidos aquí o allá nos hablan?, ¿Cuál es nuestra hermandad con todas las formas del agua, que le dan vida a la vida?...

Nuestra hermandad con las vidas que nos acompañan es real, como real es la pertenencia que heredamos del agua a esta pequeña tribu llamada humanidad.

Mario Salazar Muñoz
www.escritormariosalazar.cl